



LA CRUZ DEL ATRIO.

A D. José Gamboa Guzmán.

I.

Tranquila Mérida duerme
en las sombras, recatada,
de una noche de Febrero,
oscura, lluviosa y larga.
En la naciente Colonia
que orgullosa se levanta
donde antes se irguiera altiva
la gran ciudad de los mayas,
todo es quietud y silencio,
no turba el reposo nada.
Duerme el noble encomendero
en suave y lujosa cama,
soñando en sus encomiendas
y en, rico, volver á España;
duerme la virgen criolla
con la dueña que la guarda,
y duermen también los indios
en sus viviendas lejanas.
Parece un gran cementerio

lleno de paz y de calma
la Mérida leal y noble
que los Montejo fundaran.

II.

Allá, en frente de la iglesia
que de Jesús es llamada,
y que aun hoy, mudo testigo
de crímenes y de hazañas,
de glorias y de bajezas
sus viejos muros levanta,
hubo un caserón sombrío
que, sobre su altiva entrada,
como blasón de nobleza
mostraba un escudo de armas.
En esa casa vivía
desde que vino de España
el adusto encomendero
D. Diego López de Almanza,
hidalgo de rica cuna,
que mandó muchas mesnadas
en Roma, en Milán, en Flandes,
en Florencia y Alemania.
D. Diego vino tan sólo
con su esposa Doña Blanca . . .
Él, hidalgo, noble y rico,
pero la cabeza cana;
¡ella hermosa y aún sintiendo
la primavera en el alma!

—
Siempre dichosos vivieron
D. Diego y su Doña Blanca.
Pere ¡ah! desde cierto día

que llegó en una fragata
un guapo doncel, alférez
del ejército de España;
desde que el joven soldado
pisó yucatecas playas,
y en Mérida algunos días
y en Valladolid semanas,
estuvo con los lanceros
de la tropa que mandaba,
sucedió ¡extraño accidente!
¡casualidad harto rara!
que D. Diego está intranquilo,
se vuelve su faz huraña,
y pasa noches y días
sin abandonar su casa,
y, como flor en capullo
que azota con furia insana
el vendabal, poco á poco
palidece Doña Blanca!

III.

Las sombras todo lo envuelven
con su fúnebre mortaja;
se extienden por el espacio
inmensas nubes opacas
que los relámpagos surcan
fingiendo sierpes de plata,
y anuncia el rugir del trueno
quo se acerca la borrasca.
Es media noche, A tal punto
de la sombría morada
de D. Diego López se abre
la puerta, y cual un fantasma
un embozado, en silencio,

fuera del portal se lanza
y desaparece en las sombras
del atrio, que enfrente se halla.
Un momento se detiene,
y con inquieta mirada
busca un rincón y se oculta
entre las frondosas ramas
que nacen, junto á la iglesia,
de un grupo de "limonarias."

—
¿Qué busca á esa hora D. Diego
por la calle? ¿A quién aguarda?
¡Sabe Dios! . . .

En las profundas
tinieblas la vista clava,
como el tigre, cuando acecha
la presa para sus garras,
y tiembla su recia mano
en el puño de la espada!
. . . Pavor no le infunde el trueno
ni la tempestad le espanta,
que tormentas más horribles
siente rugir en el alma,
y en el seguro escondite
como una fiera en su jaula,
alerta mirando siempre
D. Diego López aguarda.

—
Las agoreras lechuzas
en el campanario graznan . . .
Caminando poco á poco
cual si de alguien recelara,
un hombre con gran cautela

entre las sombras avanza . . .
Al verle D. Diego, siente
que de ira su pecho estalla,
y coléricos fulguran
sus ojos como dos llamas!
Su férrea mano se crispa
en el puño de la espada . . .
mas se contiene, y al punto
como antes, mira y aguarda.
Cuando llega el embozado
junto á la última ventana
de la que habita D. Diego,
antigua y noble morada,
se ve salir á la reja
un rostro, que es de una dama,
y el viento trajo al oído
de López, estas palabras:
—“¡Es imposible, Luis, vete;
vete, vete, Luis del alma,
que teñir juró D. Diego
con sangre tuya su daga!”—
—“¡Vive Cristo! ¿Y qué me importa
que jure D. Diego, Blanca,
si llevo sangre en las venas
y al cinto llevo una espada!
Aquí estaré como siempre
en tanto despunte el alba!”
—“No es posible, Núñez, vete,
por la virgen sacrosanta!
Escucha . . . no sé que siento
que me hace creer que me engaña
D. Diego, y que aquesta noche
no se ausentó . . . Cuando hablaba
antes de salir, sus ojos
tenían una luz extraña,

como el fuego de una hoguera,
como el filo de una espada,
que penetró hasta mis huesos
y hasta el fondo de mi alma! . . .
D. Diego, Luis, no ha partido,
y te tiende una emboscada!
¡Vete, vete, no pretendas
perder tu vida y mi fama!
¡Vete, Núñez, tengo miedo! . . .
¿Oyes? ¡la lechuza grazna! . . .
Y si mañana no partes
y quieres verme mañana,
al pie de la Cruz del atrio
espérame cuando salga!"
Cerróse al punto el postigo
y dentro quedó la dama.
Entonces el embozado
calóse mejor su capa,
y se alejó, muy de prisa
en dirección á la plaza;
mas no solo, que á lo lejos,
cual silencioso fantasma,
siguióle una sombra y era
D. Diego López de Almanza.

IV.

La lluvia arrecia y con furia
sopla cortante la racha,
ahogando el débil ruído
que producen las pisadas
de dos hombres que caminan,
dando el uno al otro caza . . .
De Catedral ya la acera
el que va primero gana

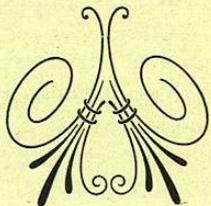
y al llegar ante la Cruz,
hecha de piedra labrada,
que en una esquina del atrio
alzó la piedad cristiana,
se vuelve, como que escucha
que alguien viene á sus espaldas . . .
siente una mano en el cuello
que le oprime y le atenaza,
y oye una voz que retumba
entre aullido y carcajada:
"Aquí, ¿no es verdad? te dijo,
villano, que la esperarás!"
. . . En tanto, brilla un acero
de hoja limpia y toledana,
se oye un ¡ay! sordo y horrible
y un suspiro . . . después, nada . . .
.

Arriba, en las altas torres,
del viento silba la racha;
las agoreras lechuzas
en el campanario graznan,
y hosco el semblante y altivo,
envueito en su negra capa,
penetra con paso firme
por el portal de su casa,
el adusto encomendero
Don Diego López de Almanza.

V.

Cuentan crónicas añejas,
que cuando despuntó el alba

del día siguiente, sus rayos
dos escenas alumbraban:
un hombre bañado en sangre
junto á una Cruz y una daga,
y un enlutado cortejo
que triste se encaminaba
al cementerio, llevando
el cuerpo de Doña Blanca . . .



NACHI-COCOM.

Al Dr. D. Luis F. Urcelay.

¡Vengo á cantarte, desvalida stirpe,
inerte raza de esforzado anhelo,
que supiste morir, alta la frente,
la fe en el alma y en el labio el reto,
como mueren altivos los leopardos
de tus vírgenes bosques opulentos,
y como muere el mar sobre tus playas,
lanzando espumas á la faz del cielo!
Tú, que mirando libres á las aves
y contemplando libres á los vientos,
aprendiste á querer la autonomía
de tus llanos salvajes y tus cerros
y á amar la libertad, siempre inviolada,
de tu horizonte inmenso,
no pudiste jamás, ante el oprobio,
doblar sumiso el inflexible cuello,
ni bajar con rubores la mejilla,
ni llevar la vergüenza dentro el pecho!
Por eso, cuando viste amenazada
bajo el yugo fatal del extranjero
tu más cara ilusión, tu alma, tu vida,
tu libertad, brotaron en tu pecho
rencores inauditos, y al combate

fuiste llevando el odio justiciero,
que rompe valladares, que extermina,
que es estallido y luz, fuerza y derecho!
Vengo á cantar tu gloria, ilustre raza,
que humillaste á la suerte tu postrero
ímpetu noble de implacable orgullo,
y que fuiste á luchar con el aliento
que señala epopeyas en la Historia
y que hace redenciones en los pueblos!
Vengo á cantar tu gloria, raza muerta,
¡oh, sí! porque en tu frente, que á los cielos
se pudo levantar con el radioso
nimbo que deja el inefable beso
del sacrificio, se escribió con sangre
la sentencia maldita de los tiempos!

¡Vengo á cantar tu gloria, aunque no
(existas!

¡Vengo á cantar tu gloria, aunque hayas
(muerto,

y te vengo á traer como homenaje
de razas nuevas y nacientes pueblos,
una nota que arranco á tu sepulcro,
una voz que he pedido á tu silencio
para hacer resonar su temblorosa
vibración por el mundo, como un eco
que vaga entre las sombras del olvido,
que flota entre las brumas del recuerdo!
¡Vengo á cantar tu gloria, noble stirpe,
que supiste morir mirando al cielo!

I.

Como el rayo veloz que de la altura
rugiendo se desgaja

y llena de pavor el hondo valle
y sacude en su seno las montañas,

una voz, un mensaje, una noticia,
cruzó desde la playa
en donde besa el mar la heroica tierra
que dominaron los caciques mayas,

hasta el lejano centro de los bosques
en donde levantara
sus aduares la tribu más guerrera,
la tribu valerosa, en que mandaba

el gran cacique de la frente altiva,
de la ardiente mirada,
el que adornó su tienda con los cráneos
de cien guerreros de distintas razas!

Nachi-Cocom!... No vieron las llanuras
mejor blandida lanza,
ni escucharon su nombre sin recelos
los señores de toda la comarca!

¡Nachi-Cocom!... El hijo de los dioses,
de la sierpe sagrada,
el divino *Batab*, que en los combates
jamás al enemigo dió la espalda!

La noticia llegó. Los diez enviados
de las islas lejanas,
dijeron al cacique, en el misterio
de una noche, la nueva no esperada:

“Señor, sobre las olas aparecen
tres inmensas piraguas,
y han pisado la arena de las costas
hombres extraños de mejillas blancas!

Y es su cabello blondo como el astro
que sale á la mañana,
y llevan en su traje resplandores
y el fuego de los cielos en sus armas!"

Así dijeron al cacique altivo
de la indomable lanza,
los enviados que rápidos vinieron
de allá, de *Cuzamil*, la isla sagrada!...

Y cuando hirió el oído del cacique
noticia tan extraña,
se irguió solemnemente, alzó la diestra,
miró á los cielos y empuñó su lanza!

¡Oh, cuán bello el cacique!... En la
(sombria
quietud de su mirada,
relampagueó el furor, como fulgura
en la noche rojiza llamarada!

Y erguido y silencioso, como el roble
que reta á la borrasca,
condensaba en su ser todo el instinto
noble y siniestro de su heroica raza!

II.

Los viejos sacerdotes, los *Chilames*
de la estirpe más alta,
los que saben decir de lo futuro
y predicen las cosas más lejanas,
abrieron los sagrados *anahteés*
de los grandes profetas de los mayas!

—
"... Escucha, ¡oh, gran señor! dijo un
(anciano

de vacilante planta;
yo sé lo que se oculta en el misterio
insondable y oscuro del mañana;

yo he bebido los filtros hechizados
que de noche preparan
los brujos de las selvas, y he sabido
grandes cosas de todos ignoradas!

Muchos soles cayeron ya en mi frente
oscura y arrugada,
y miré muchos años que se fueron
como las aves que volando pasan!...

Era muy niño aun, pero recuerdo
lo que todos contaban...
¡Hubo un gran sacerdote, un gran profeta
que enseñó muchas cosas á los mayas!

Y dicen que el profeta—¡oh, gran ca-
(cique!—
predijo la llegada
de aquellos extranjeros misteriosos
de rubia cabellera y frente blanca;

y anunciaba también que eran los hijos
de una tribu lejana,
que habría de dominar en algún tiempo
la tierra independiente de los mayas!...

Escúchame, señor: si los augurios
no temes y en tu alma
jamás el miedo entró, ¿por qué vacilas?
¿en dónde está el honor de nuestra raza?

Y si el tremendo anuncio del profeta
á su término avanza,

¿habrá de sucumbir, llena de oprobio,
la nación orgullosa de los mayas?"

El cacique sintió que por su cuerpo
pasó una llamarada
que enardeció su espíritu, y entonces
su voz potente resonó en la estancia:

"Si el viejo augurio del Chilam se cum-
(ple,
¡oh, dioses de mi raza!
veréis la muerte de las tribus todas
pero traerá la muerte la venganza!"

—
Y era la tarde ya. Tras de los montes
el astro se ocultaba,
y su postrera luz vió por el rostro
del cacique, rodar ardiente lágrima;

y aquel llanto, el primero de aquel
(hombre,
cayó en la tierra maya
y ensangrentó la tierra... ¡cuántas veces
sangre habrás de llorar, vencida raza!

III.

La catástrofe fué... La gran derrota
las pirámides vieron
de la grandiosa T-hó, do el estandarte
de la Cruz y el León flotaba al viento!

En la armadura férrea del hispano
se hincaron con denuedo
los dientes y las uñas del salvaje
que anhelaba morir, matando á un tiempo!

Hundieron en el polvo del combate
su frente los guerreros,
y la noche envolvió con sus negruras
armas sangrientas y hacinados cuerpos!

Y una raza cayó, triste y vencida,
mirando hacia los cielos...
¡Sobre su frente se escribió con sangre
la sentencia maldita de los Tiempos!

IV.

La catástrofe fué... Tendió la noche
su manto de misterio;
en los campos durmiéronse las flores
y entre las frondas recostóse el viento.

¡Mirad! Bajo el ramaje, en la sombría
quietud y en el silencio,
hay algo que se agita y á su paso
hace sonar las hojas.

Un guerrero.

de frente enrojecida y coronada
de plumas, como el viento
va, quebrando al pasar las ramas nuevas
y hollando la hojarasca por el suelo.

Empuña vigoroso fuerte lanza
y en su pintado cuerpo
se ven manchas de sangre... ¿acaso vuelve
del campo de combate aquel guerrero...?

¡Mirad! Vertiginoso ya es su paso...
Los troncos corpulentos
parece que se apartan porque pueda
pasar altivo su marcial plumero!

¿A dónde va aquel hombre? ¿En la ba-
(talla
acaso sintió miedo?
¿huye quizás buscando algún refugio
para ocultarse sin temor ni riesgo?

¡Jamás! Porque es Cocom, es el cacique
de voluntad de hierro,
que va febril, buscando por los montes
para su lanza sangre de extranjeros!

Jamás dobló su frente indomeñable
en el combate recio,
y se estrelló su flecha de obsidiana
en las corazas de brillante acero.

Mas el desastre fué... ¡Bebió la sangre
de los hispanos pechos
en los cascos que en medio de la lucha
bajo su maza de *jabín* cayeron;

pero al fin, cuando hirió desesperado
al último extranjero
que contempló ante sí, sintió en su alma
sed inmensa de sangre, y fué corriendo

á través de los bosques adormidos
en sepulcral silencio,
creyendo ver en la indistinta sombra
hojas de lanzas y brillantes petos!

V.

¿Cuánto tiempo vagó, vibrante el alma,
el pujante guerrero?
Muchas noches pasaron, muchos días,
y él continuaba sin cesar corriendo

á través de los bosques inviolados,
donde gimen los vientos,
do jamás se imprimió la huella humana
ni su hogar los salvajes encendieron!

Así siguió el cacique, vagabundo,
sin ruta, sin sendero,
empuñando su lanza en sangre tinta,
y sueltos á los aires sus cabellos!

